

“La posición más progresista que se quiera, manteniendo siempre los valores tradicionales”. Imaginarios, recursos y estrategias de la derecha en Colombia (1960-1980)

ANALÍA GOLDENTUL*

“La sociedad se forma, muy de acuerdo con el talante conservador, sobre la base de que la cultura es una planta (...) La cultura hay que sembrarla, abonarla, desyerbarla, aporcarla, tal vez podarla. La planta se puede morir un día cualquiera. De ahí que siempre es útil que haya conservadores” (Álvaro Gómez Hurtado, 1958)

Introducción

Esta ponencia constituye una primera aproximación al estudio de la relación entre la fundación de la sociología y el conservatismo en Colombia, entre 1960-1980. En el actual proceso de reconfiguración del mapa político de América Latina, con gobiernos como los de Chile, Paraguay o Colombia que ampliamente podríamos agrupar como de “derechas”, nos proponemos poner en cuestión la novedad de las “nuevas derechas”. Es habitual encontrar posiciones analíticas sorprendidas por ciertos vicios progresistas o proclamaciones “democráticas” de las “nuevas derechas”, sin embargo, una mirada histórica de más largo plazo permite ver que ello no resulta tan novedoso. Más bien podría pensarse en mecanismos de reconfiguración práctica e ideológica de sectores políticos de derecha toda vez que se asisten a tiempos de profundos cambios en las sociedades.

En ese marco, el presente trabajo aplica una perspectiva de larga duración orientada a brindar herramientas para sopesar el presente de Colombia a partir de su pasado. Se busca, por un lado, indagar las representaciones que intelectuales y partidos políticos conservadores en Colombia mantuvieron sobre la *violencia* y el *cambio social* entre los años 1960 y 1980, y las interesantes confluencias que éstos supieron mantener con las producciones sociológicas sobre la problemática. Complementariamente, el texto intenta rastrear en las obras de Fals Borda algunos apuntes referidos a la “derecha” en Colombia, puntualmente, a sus recursos y estrategias.

¹*Socióloga (UBA) y becaria estímulo UBACyT (octubre/2013 - marzo/2015) con sede en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC). Miembro del Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina (GESHAL).

La derecha en el espectro político: entre la esencia y la contingencia

Carlos Nasi (2007), en el intento de esbozar aquellos ejes que diferencian a la izquierda y a la derecha, sostiene que mientras la/s izquierda/s anclan sus programas en la búsqueda mayor igualdad, la/s derecha/s “asumen que las jerarquías sociales son naturales, inevitables e incluso, deseables”. Si desde una mirada clásica aquellos sectores que se posicionan próximos a la izquierda bogan por una participación activa del Estado en la economía, y los que ubican próximos a la derecha levantan la consigna de la libertad de mercado, en cambio, para Zechmeister y Corral (2010), contrariamente a la expectativa clásica, no siempre el apoyo a un papel activo del Estado en el plano de la economía se traduce en una autoubicación de izquierda así como no siempre el visto bueno a las políticas de libre comercio devela una tajante postura de derecha.

Más allá de lo que hace a un partido o a un sector político pertenecer a la “izquierda” o la “derecha”, ciertamente, pensar el contraste <izquierda – derecha> se ha convertido en un lugar común a la hora de analizar el ecosistema político latinoamericano. Si bien, como apuntan Colomer y Escatel, “el papel organizador de la dimensión agregada o sintética izquierda-derecha facilita algunos intercambios básicos entre los votantes y los líderes de partido” (2005: 3), en el presente trabajo la propuesta reside en analizar los encuentros y desencuentros, los grises o matices ideológicos de la derecha en un período histórico y lugar determinado.

El reacomodamiento del conservatismo en tiempos de revolución

En Colombia, el conjunto de ideas y visiones del mundo que se asocian a una perspectiva de “derecha” ha sido históricamente ligado al Partido Conservador. En general se parte del supuesto de un imaginario conservador que permanece inmutable en el tiempo, como ser cierta concepción tradicional de la sociedad y el cambio social, la preeminencia de valores sociales y morales, la centralidad de la Iglesia Católica y una mirada antropológica del hombre sumamente negativa que asocia al hombre con una bestia salvaje atravesada de intereses egoístas.

Sin embargo, y más allá de que el Partido Conservador sea por definición afín a la conservación de un régimen de cadis tradicional, a fines de la década del cincuenta algunas figuras políticas próximas al conservadurismo colombiano se vieron obligados a acomodarse al nuevo contexto nacional y regional que marcaba la Revolución Cubana de 1959, desenfundando posiciones políticas en las cuales no solo afirmaban la necesidad de un cambio

en la sociedad colombiana sino que reflejaban el intento de adaptar sus valores y cosmovisiones a las nuevas circunstancias políticas. Como ejemplo, resulta interesante de traer a colación la figura de Álvaro Gómez Hurtado (1919-1995), hijo del ex presidente conservador Laureano Gómez, cuya temprana incursión en la política lo llevó a ocupar importantes cargos cuando apenas alcanzaba los veintiocho años de edad². En palabras de López Michelsen (1995), Gómez Hurtado era “dueño de una gran cultura literaria, con el consiguiente dominio de cuatro idiomas y de una gran familiaridad con las lenguas muertas [que] le permitieron pasearse por los más diversos temas de la vida contemporánea con un gran dominio del pasado y grandes expectativas de futuro. Un rasgo casi desconocido de su personalidad era su actitud para el cultivo de las bellas artes, gracias a su sensibilidad excepcional”³.

Arbeláez (2011) pudo recuperar a mediados de la década de 1990 unos escritos donde el propio Gómez Hurtado relataba la pesadumbre con que había vivido la Revolución Cubana. Para él la Revolución Cubana había sido un hecho traumático. Mientras vastos sectores en Colombia vitoreaban el nombre de Fidel Castro tras la hazaña de la toma del Cuartel Moncada, Álvaro recordaba la vez en que el líder cubano participó en las revueltas urbanas del 9 de abril de 1948 -conocidas luego por la historiografía clásica como el Bogotazo- encabezando la multitud que fue a quemar *El Siglo*, diario conservador perteneciente a la familia de Álvaro Gómez y del cual él era columnista.

A mediados de la década de 1960, los límites propios del Frente Nacional junto con la dificultad de muchos campesinos -población mayoritaria en Colombia- de lograr una movilización social dentro de los canales legales configuraron un terreno fértil para el surgimiento de los primeros movimientos guerrilleros con reivindicaciones revolucionarias⁴.

² Ahondando en el homenaje que le hiciera López Michelsen (1995), el autor relata como Gómez Hurtado a los 28 años ya era embajador en Suiza y miembro de la Cámara de Representantes: “A nadie le cabía en la cabeza que algún día dejara de llegar a ser presidente de Colombia. La imponente imagen de Laureano Gómez lo protegía en este mundo y luego desde la eternidad. Lo incomprensible fue que aquel destino manifiesto no se cumplió, pese a haber sido candidato a la Presidencia de la República por cuatro veces a nombre del Partido Conservador y de haber desempeñado un papel de primera línea en la Asamblea Nacional Constituyente. Puede decirse con acierto que ninguno de los cargos con que la democracia honra a sus servidores le fue esquivo. Sólo le faltó uno: la primera magistratura de la Nación. Fue Primer Designado a la Presidencia, embajador en Washington, Dignatario de ambas Cámaras y sobre todo, caudillo de un movimiento político que nunca desconoció sus atributos de conductor ni lo abandonó, aun en sus horas más adversas”.

³Nota publicada en Nación, 04/12/1995: “La singularidad vida y obra de Álvaro Gómez Hurtado”, artículo de prensa, *Nación*.

⁴ Las primeras guerrillas en Colombia y en América Latina fueron las guerrillas liberales a fines de la década de 1940 como reacción a la persecución política iniciada por el gobierno del Partido Conservador de 1946-1953. En cambio, las primeras guerrillas de orientación revolucionaria surgirían a mediados de 1960 durante el Frente Nacional.

Entre las nuevas expresiones armadas, habrían de sobresalir las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC- 1964), el Ejército de Liberación Nacional (ELN, 1965), el Ejército Popular de Liberación (EPL, 1967) y más tarde, el Movimiento Revolucionario 19 de abril (M-19, 1974). Su emergencia puso de manifiesto en el mapa nacional ciertos aspectos estructurales de largo arraigo referidos especialmente a una desigual tenencia de la tierra y a la ausencia de una reforma agraria que democratice el acceso.

En este convulsionado escenario nacional Gómez Hurtado revitalizaba estratégicamente sus ideas. Desde su punto de vista el tradicionalismo hispanoamericano había sido reducido a una fuerza sin iniciativa ni personería desde la derrota de los españoles en el siglo XIX. Es por ello que, según Álvaro, siguiendo la interpretación que Galvis Gaitán hace de los textos de Gómez Hurtado, para que el conservatismo colombiano pudiera participar en el entramado estatal debía aceptar previamente el planteamiento revolucionario, alejarse de los principios del tradicionalismo doctrinario y “montarse en el carro de la revolución para frenarlo desde adentro en vez de afianzarse en tierra para detenerlo” (2007: 29). En esta dirección, sus planteos empezaban a estar anclados en la idea de que la tradición no se oponía a la innovación sino que ambas resultaban compatibles y hasta necesarias:

“La tradición no se opone a la innovación. La manera de adquirir una posición crítica frente a la innovación, es tener la arrogancia de querer comprenderla. Un pensador francés ha dicho <hasta ahora, la tradición se oponía a la innovación, pero empezamos a comprender que estas dos nociones contradictorias se concilian, y que la gran característica de la historia humana es la tradición de innovación>. Uno no puede, de la noche a la mañana, prescindir de todo lo que estudiaron, experimentaron y vivieron los otros pueblos y nuestros antecesores. Por eso somos nosotros conservadores. Dentro de esos límites tenemos la posición más progresista que se quiera, siempre manteniendo los valores tradicionales para no destruir una riqueza nacional”

Incluso, llegaría a intentar oponerse a aquellas lecturas que adjudicaban al Partido Conservador una defensa corporativa de los intereses capitalistas de las clases dominantes en Colombia. En sus propios términos:

“El conservatismo no defiende los intereses de los capitalistas. El conservatismo no será jamás un defensor de los intereses creados de las clases capitalistas ni se dejará llevar a ningún tipo de coaliciones que se presenten como una alianza defensiva de las clases plutocráticas” (1972, p. 103).

Otro punto interesante de su pensamiento refiere a la concepción y rol que debe asumir el Estado en la sociedad. En tiempos de ascendente conflictividad social durante el Frente

Nacional (Gallón Giraldo (1979)⁵, no solo veía con benevolencia el intervencionismo estatal pero además le asignaba al Estado un rol performativo del mercado y no meramente correctivo. Esto lo acercaba a ciertas lecturas de izquierda que sostenían que en América Latina, a diferencia de Europa, el Estado -más que ninguna otra institución- debía hacerse cargo del desarrollo capitalista siendo ya no una entidad superestructural sino, como dirá Zabaleta (1988) “un elemento de la atmósfera”, una “fuerza productiva” que opera en la base económica (Ouviña, 2012) :

“El intervencionismo tiene en los países subdesarrollados una entidad superior a la que ordinariamente se le concede en los industrializados, pues su alcance no es preferentemente correctivo, sino que entre nosotros tiene una misión orientadora y reguladora, en la que va envuelta la posibilidad total del desarrollo económico (Gómez Hurtado, 1965: 120).

En referencia al espectro político en Colombia, Álvaro Gómez Hurtado decía que “en Colombia hay más conservatismo que Partido Conservador”. Con ello evidenciaba la paradójica situación de una de las sociedades más tradicionales de América Latina que, sin embargo, no solía expresar ese conservadurismo en las urnas puesto que los sectores políticamente identificados con la “derecha” estratégicamente matizaban sus posturas a la hora de la riña electoral. Como señala Arrubla Yepes (1996), durante el Frente nacional “los jefes del conservatismo debieron deponer sus aspiraciones y someterse al hecho de que su partido fuera representado en la presidencia por figuras ideológicamente desdibujadas”. Esta particularidad de la derecha colombiana tendrá larga duración en el tiempo. El propio Álvaro Gómez, emblema de la ideología conservadora, perdería tres veces la Presidencia en 1974, 1986 y 1990. En cambio, los candidatos Belisario Betancur y Andrés Pastrana, para resultar victoriosos en 1982 y en 1998 respectivamente, tendrían que ocultar el nombre del Partido Conservador y camuflarlo en supuestas coaliciones pluralistas.

Con todo, las estrategias de la derecha en Colombia no se han restringido a la mera riña electora, ni a una simple flexibilización de los rígidos principios del conservatismo sino que, como veremos en el siguiente apartado, también han apoyado -pasivamente- proyectos de modernización del Estado que albergaron a intelectuales progresistas. El visto bueno a la fundación de la carrera de Sociología durante el Frente Nacional⁶ y el apoyo a una de sus obras fundantes, *La Violencia en Colombia* (1962) será ejemplo de ello.

⁵Entre 1962 y 1965 la clase obrera habría de alcanzar los altos niveles de combatividad, mientras que en los primeros años de la década del 70 sería cada vez mayor la agitación de estudiantes universitarios.

⁶ El Frente Nacional fue una coalición bipartidista que basaba su legitimidad en la alternancia de liberales y conservadores para el ejercicio de la presidencia

La sociología en Colombia: reacciones y posicionamientos ante su fundación

La institucionalización de la Carrera de sociología (c.1959) coincidió con un clima de modernización y desarrollo que había empezado a asomar tíbiamente en el gobierno de facto de Rojas Pinillas (1953-1957) y que luego habría de generalizarse con la creación *Frente Nacional* (1958-1974). La hegemonía conservadora se veía entonces quebrantada, al menos parcialmente. Durante esta “ficción democrática” (Ansaldi y Giordano, 2012: 378) que representaba el Frente Nacional y estaba muy a tono con los principios de la *Alianza para el Progreso*, el Estado se mostraba especialmente interesado en la sociología como disciplina científica orientada a formar sociólogos “técnicos”, inmersos en la estatalidad y expertos en políticas públicas, buscando así evitar convergencias entre intelectuales e ideales revolucionarios (Cataño, 1986). Sin dudas, el inicial despegue de la sociología tenía directa relación con el proceso de construcción y avance estatal en Colombia (González, Bolívar y Vásquez, 2002).

En 1961 el departamento de Sociología adquiría el status de *Facultad* -la primera en América Latina- y Orlando Fals Borda se convertía en su decano. Fue durante estos años cuando comenzaron a emerger en Colombia nuevos modos de producción y participación intelectual que, en cierta forma, se visibilizan en el itinerario personal y profesional de Fals Borda (1925-2009). Sociólogo, protestante y amigo cercano de Camilo Torres, su tesis *El hombre y la tierra en Boyacá* (1957) sería considerada la primera obra de sociología en Colombia. La rigurosidad por el método, su preocupación por la objetividad y una embrionaria hibridación de disciplinas (fundamentalmente la antropología, la sociología y la historia), son todas características que “elevaron su nombre al pináculo de la ciencia social latinoamericana cuando apenas cumplía treinta años de edad” (Cataño, 2008: 551).

Como bien señala Valencia Gutiérrez (2012), la orientación académica predominante en ese momento era el estructural-funcionalismo, expresándose dicha tendencia de manera clara en *La Violencia en Colombia* (1962), libro coescrito entre Fals Borda, Monseñor Germán Guzmán Campos y el abogado Eduardo Umaña Luna. Se trató de la primera obra que pensó seriamente el problema de la violencia en un momento en el que, como advierte Pécaut (1998) los colombianos “atrapados ellos mismos en la confrontación ideológica (...) entre los dos partidos tradicionales, no podían convertir la violencia en *objeto*” (Citado en Giordano, 2012: 12).

El libro tuvo también la virtud de traspasar los estrechos marcos académicos y a contracorriente de lo que indica el sentido común, en una primera instancia fue vitoreado por varios dirigentes del Partido Conservador. La razón principal de esta aceptación tenía que ver con el hecho de que, en relación al turbulento período de La Violencia acaecido entre 1948 y 1957, los autores sostenían que todos los colombianos -por acción o por omisión- habían sido responsables de la violencia. Esa breve pero contundente reflexión habría de tener buena acogida entre los miembros del Partido Conservador pues encontraban útil una lectura que no hacía una división entre “buenos” y “malos” y que, fundamentalmente, habilitaba una licuación de las responsabilidades: donde todos eran responsables nadie era responsable. Estratégicamente, el conservadurismo y el liberalismo se harían eco de la generalización o totalización de la *culpa* que proponía el libro. De acuerdo a Fabio Lozano Simonelli, columnista liberal del diario *El Espectador*:

“El libro no parte de una división entre bueno y malos. Todo análisis de la violencia que no enjuicie a la totalidad de la sociedad colombiana sufre de una radical e incurable equivocación. Por años se ha comprobado que esos análisis de muy poco sirvieron. En el libro hay un acusado: la sociedad colombiana” (Diario *El Espectador*, 12 de julio de 1962)

El doctor Gerardo Tamayo Peña, perteneciente al Partido Conservador, sostendría que:

“No hay un solo colombiano que directa o indirectamente haya podido permanecer al margen de la perturbación causada por la violencia” (Fals Borda; 1964: 20)

Por su parte, Belisario Betancour, un alto dirigente del Partido Conservador, afirmaba:

“Debo reconocer con pesadumbre que la violencia es más aterradora hoy que antes, y no propiamente por culpa de tal o cual sector o funcionario sino por culpa de la totalidad nacional”⁷

El conservador Gerardo Camayo, en relación al libro, afirmaba en el Diario *El Espectador* que “no hay ni un solo, colombiano que directa o indirectamente haya podido permanecer al margen de la perturbación causada por la violencia”⁸ Otras voces conservadoras expresaban a través del diario *El Tiempo* que “los autores asumen una posición que bien podría resumirse en aquello, bien conocido, de <todos en él pusisteis vuestras manos>. Una conclusión que no debe mover a tardíos rubores, ni a nuevas recriminaciones, ni a farisáicos intentos exculpatorios”⁹

Por otro lado, se celebraba el rigor científico con que los profesionales de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional habían asumido la empresa de “diagnosticar” causas y

⁷ Diario *El Espectador*, 15 de julio de 1962

⁸ Diario *El Espectador*, 16 de agosto de 1962.

⁹ Diario *El Tiempo*, 26 de julio de 1962.

formular soluciones de la violencia. En las concepciones de sociología de Fals Borda -y también de Camilo Torres- pervivían elementos propios del positivismo, como ser el reclamo por la estandarización de los métodos y la necesidad de guiarse por la observación. Precisamente, el objetivismo, actitud que los autores asumían explícitamente como punto de partida de la obra, sería aplaudida por altos dirigentes del Partido Conservador entre los que se destacaban Belisario Betancur:

“El problema [de la violencia] hay que mirarlo con verismo y con objetividad, sin deformaciones de orden político, con sentido patriótico y con el rigor científico con que lo hacen los analistas de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional (Diario El Espectador, 15 de julio de 1962)

De esta forma, si bien la matiz científicista de los sociólogos clásicos respondía a una necesidad de institucionalizar las ciencias sociales colombianas y garantizarles un status que las legitime en el escenario mundial, resulta más que interesante notar cómo el énfasis en el objetivismo de los padres fundadores de la sociología en Colombia coincidía con las proclamaciones de “verismo y objetividad” de los conservadores.

Pensando los recursos y estrategias del conservadurismo desde los apuntes de Fals Borda

Si la decisión de Camilo Torres de incorporarse a las filas del ELN a fines del año 1965 había generado una primera rasgadura en el proyecto de crear una sociología al servicio del Estado, su muerte en manos del Ejército en febrero de 1966, terminaría echando por tierra la confluencia de intereses que se había dado a fines de la década del cincuenta entre los nuevos científicos sociales y el Estado. Dos años más tarde, en 1968, y en sintonía con los tiempos compulsivos que se vivían a nivel regional, saldría a la luz un nuevo libro de Fals Borda, *La Subversión en Colombia*, en cuya introducción sostenía que las recientes muertes de Camilo Torres y Ernesto “Che” Guevara obligaban a una pausa estratégica “para reflexionar y sopesar alternativas” (1968: 15).

Haciendo por momentos una suerte de balance de los casi diez años de creación de la carrera de sociología en Colombia, en este libro Fals sostendría que la dificultad en construir una sociología crítica había nacido en primer lugar de las contradicciones que atravesaban a los propios agentes encargados de esta transformación, contradicciones y vaivenes que por cierto él habría de encarnizar toda su vida. De acuerdo a su mirada, había que atender muy especialmente el fenómeno de la captación de las “antiélites” -intelectuales críticos contrarios

a la elite- pues veía que tal proceso había operado silenciosamente frustrando las revoluciones en Latinoamérica.

Analizando con sutileza y destreza académica las estrategias y recursos de la línea conservadora, en *Las revoluciones inconclusas de América Latina* (1967) sostendría que las tendencias políticas de corte conservador se habían visto prácticamente obligadas por las circunstancias a inclinarse por la “inevitable” corriente del cambio (Antología de Fals Borda, 2009: 198).

Mediante la “captación” de intelectuales críticos se reajustaba el orden social en vez de transformarlo. Dicha captación, en tanto proceso histórico, refería no solamente a los intelectuales de alta alcurnia sino que podía extenderse a variados sectores de la sociedad colombiana, entre los que sobresaldría la dirigencia sindical obrera. En opinión de Fals, se había formado una aristocracia sindical que servía de instrumento para los designios de las elites dominantes.

“Han preferido sacrificar la ideología a cambio del confort mundano, por lo que se les ha tornado natural cobijarse bajo el manto paternalista de los patronos industriales para no asumir ante ellos una posición independiente. Los miembros de esta privilegiada clase trabajadora industrial pueden interpretar la llegada tumultuosa de sus parientes marginales como una amenaza, y en consecuencia se unen a los grupos dominantes con el fin de mantener firme la estructura social que ven peligrar” (Antología de Fals Borda, 2009: 403).

Al mismo tiempo que analizaba las estrategias y recursos de cooptación de la derecha, desfundaba una crítica voraz hacia los intelectuales y estudiantes de izquierda por haber fracasado en suministrar una ideología coherente y una técnica apropiada para contrarrestar el avance del conservatismo. Les reprochaba la facilidad con la que desfundaban un “culto verbal” a la revolución y una literatura “furiosa” contra el *statu quo* que difícilmente podían ser traducidos en una acción programática y consecuente. Para Fals la “rebeldía” típica del estudiante tendía a ser esporádica y de corta duración, llegando a su ocaso al final de la carrera universitaria cuando debían ingresar al mundo laboral. Es ahí cuando abandonaban la “lucha de clases” y se entregaban sin más al “anclaje burgués” de su enseñanza, subordinando la acción social al deseo de alcanzar cierto prestigio individual y confort material. De esta forma, aunque el proceso de captación de antiélites pareciera ser un vil “engaño” de las clases dominantes hacia los sectores progresistas implicaba, al menos parcialmente, un encuentro de intereses de ambas partes: acomodación por parte de algunos intelectuales contestatarios y neutralización de la acción contestataria por parte del conservatismo.

Conclusiones

En esta ponencia nos hemos propuesto problematizar los elementos de novedad de las nuevas derechas bajo la hipótesis de que existen continuidades que merecen aun ser exploradas. Precisamente, como afirma Gallardo (2012) “*el retorno de esta derecha [se explica por el hecho que ella] no se ha ido nunca [sino que es] parte de la estructura de las sociedades latinoamericanas*”.

Asumiendo una lectura de *mediana duración*, desde las transiciones democráticas hasta mediados de la década de 1980 las derechas deben no solo aceptar el sistema democrático como escenario histórico inevitable sino también matizar públicamente sus posiciones ideológicas. Si extendemos el análisis a través de una perspectiva de *larga duración* (Braudel, 1970) advertimos que ya en las décadas del sesenta y del setenta, en Colombia, nos encontramos con algunas manifestaciones políticas de sectores conservadores que intentan adaptar su itinerario a las exigencias de cambio social. Celebran, al menos parcialmente, la fundación de una sociología científica al servicio del Estado y hasta reivindican la primera obra que logró convertir a la violencia en Colombia en objeto de estudio.

En esta dirección, puede resultar estratégico asumir una mirada que, de cara a las nuevas derechas que asoman en la actualidad, intente mirar el -pretendido- progresismo de las derechas y el -a veces fatalista- conservadurismo de las izquierdas. Atender a la capacidad productiva de la/s derecha/s colombiana/s para readaptarse al cambio y generar nuevas visiones legitimantes del orden social, creo yo es una decisión teórica estratégica para analizar su poder como clase social y política dominante.

Bibliografía

Arbeláez, Jota Mario (2011): “Los papeles secretos de Álvarez Gómez Hurtado” en Revista Cromos, N°95, Bogotá.

Arrubla Yepes, Mario (1996): “Síntesis de Historia Política Contemporánea” en González y Orlando (comps.): *Colombia Hoy*, Bogotá, Presidencia de la República.

Braudel, Fernand (1970): *La Historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial

Clasco (2009): *Una sociología sentipensante para América Latina: Orlando Flás Borda*, Antología del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Bogotá, Siglo del Hombre Editores.

Cataño, Gonzalo (1986): *La sociología en Colombia: Balance crítico*, Bogotá, Editores Colombia Ltda.

Cataño, Gonzalo (2008): “Orlando Fals Borda, Sociólogo del compromiso”, en *Espacio Abierto*, Vol. 17, n° 4, octubre-diciembre.

Colomer, Josep y Escatel, Luis (2005): “La dimensión izquierda-derecha en América Latina” en *Desarrollo Económico*, Revista de Ciencias Sociales, IDES, Buenos Aires, Vol. 44, N° 177, Abril-Junio.

Gallardo, Helio (2012): “¿Retorna la derecha en América Latina?”, en *Pensar América Latina*, Argentina, julio. Disponible en: http://heliogallardo-americalatina.info/index.php?option=com_content&task=view&id=278&Itemid=1

Gallón Giraldo, Gustavo (1979): *Quince años de Estado de sitio en Colombia: 1958-1978*, Bogotá, Ed. América Latina.

Galvis Gaitán, Fernando (2007): “La revolución” en *Boletín del Instituto de Estudios Constitucionales*, Escuela de Derecho, Bogotá, Universidad Sergio Arboleda, N°10.

Giordano, Verónica (2012): “Revisitando la sociología latinoamericana desde la sociología histórica. Contribuciones y trayectoria personal de Orlando Fals Borda”, en *e-I@tina*, N°38. pp. 35-51.

Gómez Hurtado, A (1958): *La revolución en América*, Barcelona, Editorial A H R.

Gómez Hurtado, A (1989): *Soy Libre*, Bogotá, Ediciones Gama

González, F., Bolívar, I. y Vásquez, T. (2002): *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del Estado*, Bogotá, Cinep.

Gott, Richard (1971): *Las Guerrillas en América Latina*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Guzmán Campos, G. Fals Borda, O. y Umaña Luna, E (1962): *La violencia en Colombia: Estudio de un Proceso Social*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, Tomo I

Guzmán Campos, G. Fals Borda, O. y Umaña Luna, E (1963): *La violencia en Colombia: Estudio de un Proceso Social*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, Tomo II

Fals Borda, Orlando (1967): *Las Revoluciones Inconclusas en América Latina: 1809-1968*, México, Siglo XXI.

Fals Borda, Orlando (1968): *La subversión en Colombia: visión del cambio social en la historia*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.

López Michelsen, Alfonso (1995): “La singularidad vida y obra de Álvaro Gómez Hurtado”, artículo de prensa, *Nación*, 04/12/1995.

Nasi, Carlo (2007): “Derechización ‘a la colombiana’ en tiempos confusos: un ensayo especulativo” en *Colombia Internacional*, Universidad de los Andes, Colombia, N°66, julio-diciembre, pp-162-183, disponible en «<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81206610>»

Ouviña, Hernán y Thwaites Rey, Mabel (2012): “Repensar al Estado desde su especificidad periférica. Configuraciones y metamorfosis de la estatalidad” en *Revista de Ciencias Sociales*, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, N°82, noviembre.

Valencia González, Alberto (2012): “Memoria y Violencia. A los cincuenta años de “La Violencia en Colombia” de monseñor Guzmán et al” en *Revista Sociedad y Economía*, n°23, Universidad del Valle, Cali, Colombia.

Zabaleta, René (1988): “La burguesía incompleta” en *Clases sociales y conocimiento*, la Paz, Editorial Los amigos del libro.